

zo del río el Gran Puente, ocupado por las tiendas de los cambistas y de los joyeros, en donde el transeunte oía el ruido de las monedas y el martilleo de los metales preciosos, desemboca en la orilla derecha junto a las grandes torres del Châtelet. Más allá de éste, el gran Matadero, dividido en estrechos y hediondos callejones habitados por matarifes, triperos y carniceros, que constituyen una corporación poderosa y violenta con su vida, sus leyes y sus costumbres especiales. Entre las calles de San Martín y San Dionisio extiéndese el gran barrio comercial é industrial: los lombardos por la parte de la de San Martín, los merceros por el lado de la de San Dionisio. Cerca de allí, las *Halles*, instaladas en un principio para los mercaderes de paños, han llegado á ser el centro del comercio parisiense, y en ellas tienen sus puestos multitud de ciudades del reino. En todas partes las casas están de tal suerte amontonadas, que Juan de Jandún las compara con los cabellos de una cabeza bien poblada, con las espigas de los sembrados, con las hojas de un extenso bosque; los edificios forman calles estrechas, tortuosas, y están atravesados por una serie de pasajes, callejones y servidumbres. En plazas, calles y callejas reinan durante el día la animación y el bullicio; pero desde la puesta de sol permanecen silenciosas y solitarias.

En París viven señores, empleados y servidores del rey, clérigos de todas clases pertenecientes á los cabildos y á las iglesias, frailes y monjas en las abadías y en los conventos, profesores y estudiantes en la Universidad. Es la sociedad de los privilegiados. Los banqueros son allí numerosos; los judíos que habían sido expulsados, han regresado á la capital en 1315, pero las últimas persecuciones y la competencia de los lombardos les han causado graves perjuicios. Los lombardos, es decir, los italianos procedentes de Milán, de Génova, de Lucca, de Pisa y de Florencia, son hombres de negocios astutos y atrevidos y forman un grupo pequeño, pero poderoso; contribuyen á la prosperidad comercial de París, pero sus riquezas excitan la codicia de los reyes y el odio del pueblo; sobre ellos pesa la amenaza de la confiscación, del destierro ó de la horca.

La masa de la población componíase de gentes de oficio y de comercio, aprendices, artesanos, patronos, mercaderes, y si en París se trataban negocios menos importantes que en Flandes, en cambio el trabajo era más variado, llegándose á contar allí trescientas cincuenta profesiones diferentes. Al revés de lo que sucedía en tantas otras ciudades perturbadas por interminables luchas entre la aristocracia mercantil y la clase industrial, no encontramos en París huellas de una hostilidad declarada entre la clase media rica y el pueblo de los oficios.

La pequeña industria era la que predominaba; no había grandes talleres, sino en todas partes amos de pequeños establecimientos que trabajaban con unos pocos obreros. La mayor parte de las corporaciones parisienas estaban ya organizadas, tenían sus estatutos examinados y aprobados, y gozaban todas de una especie de autonomía, formando cada una como un pequeño estado, cuyo centro era la casa común, con sus magistrados, sus propiedades y su presupuesto. Interventían en varios servicios públicos, se distribuían entre ellas mismas determinados impuestos, contribuían á la ronda de vigilancia y figuraban en las ceremonias oficiales. En medio

de aquel pueblo trabajador habíanse desarrollado las sociedades piadosas ó cofradías que, suprimidas por Felipe el Hermoso, habían reaparecido y se habían multiplicado á partir de los tiempos de Felipe el Magnánimo. El domicilio de la cofradía era una capilla en donde se reunían maestros y artesanos, los cuales celebraban fiestas y banquetes en común y tenían comunes intereses y diversiones. Los talleres, oficinas y tiendas de un mismo oficio estaban generalmente cerca unos de otros, y determinadas profesiones manuales estaban reunidas en tal calle ó barrio, con lo que se aumentaba la solidaridad entre las mismas. El trabajo no se hacía con la dura continuidad de hoy en día, pues los compañeros se reunían con frecuencia para las elecciones de la corporación, las ceremonias de la cofradía, los bautizos, los entierros, las bodas y las procesiones; y á estos días de huelga añadíanse las fiestas religiosas, que eran muchas en número. El sábado dejábase el trabajo al tercer toque de vísperas, y salvo para un reducido número de corporaciones y en determinados casos particulares, no estaba permitido el trabajar de noche. Las corporaciones eran exclusivas y rutinarias; todas defendían rudamente sus privilegios y monopolios, pero se ajustaban perfectamente á la sociedad de aquel entonces.

Por encima de estas clases alzabase una especie de aristocracia burguesa. Algunas familias habían logrado hacer grandes fortunas en las industrias de lujo ó en el comercio al por mayor, siendo las corporaciones de cambistas, joyeros, tallistas, peleteros, pañeros, merceros y drogueros aquellas en las cuales se encontraban más riquezas. Los principales comerciantes formaban la poderosa sociedad del Ansa de los mercaderes del agua, y entre esos individuos de la clase media rica solían buscar los reyes sus funcionarios de hacienda. Esta nueva aristocracia quería imitar á los nobles, y un cronista parisiense nos ha dejado el curioso relato de grandes justas organizadas por los parisienses en 1330, relato en el cual se ve que la clase media de las ciudades del Norte del reino era aficionada á esta diversión caballeresca (1). Por otra parte, multitud de ricos parisienas fueron ennoblecidos por los reyes durante la primera mitad del siglo XIV.

No era París el único centro de la industria y del comercio: en Ruán (2) celebrábase dos grandes ferias en las cuales se trataban importantes negocios; no menos frecuentadas eran las de Caén y Guibrai en Normandía, y la Compañía de mercaderes de Ruán pudo luchar con éxito contra la de los mercaderes del agua de París. El tráfico que se hacía en Ruán era considerable, siendo aquella ciudad, que exportaba paños, cueros y cuchillos, una especie de almacén de depósito entre el Norte y el Mediodía. Sus armadores iban á Inglaterra, á Flandes, á los países del Norte, á buscar lanas, pieles, estaño, hierro, cobre, tinturas, pescado salado, alquitrán, etcétera, cambiando estas mercancías por vinos de la Saintonge, del Poitou y de Borgoña, y extendían sus negocios hasta España, Portugal é Italia. A Ruán y á los puertos de Normandía acudían españoles y portugueses.

(1) *Mémoires de la Société de l'histoire de Paris et de l'Ile-de-France*, IX, 1884, págs. 17, 49, 135, 146.

(2) De Freville, *Mémoire sur le commerce maritime de Rouen*, 1857.

Igual actividad se observa en el Norte, hacia el lado de Flandes, que era entonces como el polo comercial del Occidente de Europa; en el Este, en Champaña, á pesar de la decadencia de sus ferias; en Borgoña, en las ferias de Chalón-sur-Saone; en el Mediodía, en las de Nimes y Beaucaire, en Montpellier y en Narbona; y en el Oeste, en la Rochela, en Saint-Jean-d'Angeli y en Niort.

En Montaubán, la casa de los hermanos Bonis, «comisionistas al por mayor y menor,» puede dar idea de lo que eran entonces los grandes comerciantes en una ciudad del reino (1). El mayor de ellos, Bartolomé Bonis, es un personaje importante; ha sido cónsul en Montaubán, hace frecuentes viajes á Montpellier, á Aviñón y hasta á París y á Roma, tiene su capilla y su capellán propios, y su casa de comercio posee grandes almacenes y un laboratorio para la farmacia y para la preparación de la cera. Los hermanos Bonis son banqueros, prestamistas de dinero sobre prendas ó sobre hipotecas, liquidadores de sucesiones, recaudadores de pechos, arrendatarios de rentas eclesiásticas, mercaderes de telas, merceros, sombrereros, comisionistas en paños y calzado, boticarios, fabricantes de cirios, confiteros, drogueros, fruteros, alquiladores de pompas fúnebres, comerciantes en joyas, armas, sillas de montar, bastos, caballos, pólvora, etc. Las ventas se hacen al contado ó á crédito, la contabilidad es muy minuciosa y se adoptan grandes precauciones para evitar la depreciación de la moneda. Los Bonis poseen, en los alrededores, tierras, granjas y bodegas. La clase media de Montaubán, de la que ellos forman parte, está acomodada, viste bien y vive con cierto lujo; algunos nobles se han instalado en la ciudad y gozan en ella del derecho de ciudadanía; el clero que rodea al obispo y sirve en las parroquias es numeroso, y hay allí setenta y cinco notarios, multitud de médicos y procuradores, varios funcionarios reales, en una palabra, una buena clientela para los mercaderes.

Abundan, pues, las señales de prosperidad, así en las ciudades como en el campo, siendo grande el contraste entre la Francia real del siglo XIV y la Francia feudal de los siglos XI y XII; la paz había creado aquel bienestar que la guerra iba á destruir.

III.—Eduardo III. Inglaterra. El ejército inglés (2)

La juventud de Eduardo III había sido pródiga en acontecimientos extraordinarios. Este monarca había visto á su padre, el débil Eduardo II, dominado por sus favoritos y en lucha perpetua con la nobleza, y llevado á Francia para prestar á Carlos IV el homenaje que por la Guiana le debía, había visto á su madre, Isabel de Francia (3), mujer hipócrita y vengativa, intrigar con los enemigos del rey, su esposo, organizar un desembarque

(1) Forestié, *Le livre de comptes des frères Bonis*, I, Introducción. Véase además A. Blanc, *Le livre de comptes de Jacme Olivier*, II, 1899.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Lappenberg-Pauli, *Geschichte von England*, IV, 1855. Stubbs, *The Constitutional history of England*, nueva edición, II, 1895. Ashley, *Histoire des doctrines économiques de l'Angleterre*, traducción francesa de Bondois y Bouisy, 1900. Longman, *The life and the times of Edward III*, 1869. Mackinnon, *The history of Edward III*, 1900.

(3) Acerca de este singular personaje véase pág. 287.

en Inglaterra con el dinero de los banqueros florentinos y con los hombres del Hainaut, y luego, á su regreso, apoderarse de Eduardo II, arrebatarle la corona y hacerle encerrar en el castillo de Berkeley, en donde murió, víctima probablemente de atroz suplicio. Elevado al trono á la edad de quince años, Eduardo III permaneció algún tiempo bajo la potestad de su madre y de Roger Mortimer, con quien ésta vivía públicamente en aquella corte de Inglaterra en donde las costumbres eran disolutas y frecuentes los dramas; pero al cumplir los diez y ocho años mandó ahorcar á Mortimer y comenzó á gobernar.

Una pintura de la capilla de San Esteban, en Westminster, le representaba en su juventud, alto, delgado, de rostro regular, algo prolongado, sin barba y con un pequeño bigote. En cuanto á la parte moral, Eduardo III era disimulado, ávido de dinero, de poder y de conquistas, y gustaba de la vida caballeresca, de la magnificencia de las fiestas y de la guerra. Estaba casado desde 1338 con Felipa de Hainaut, sobrina de Felipe de Valois, de quien Froissart, que había vivido cerca de ella, decía: «No creo ver nunca dama más buena ni de más noble condición; no la vería aunque mil años viviera.» Eduardo III acababa de cumplir veinticinco años cuando estalló el conflicto entre Francia é Inglaterra.

El reino de Inglaterra, aun ensanchado con el país de Gales, cuya conquista había terminado Eduardo I, era un reino pequeño, comparado con el de Francia; pero, en cambio, tenía más consolidada su unidad política, gracias á su condición insular, al fraccionamiento de los dominios feudales, que allí no constituían principados como en Francia, y sobre todo al gobierno fuerte de los primeros reyes normandos. Cierto que la realeza había perdido una parte de su poder durante los desdichados reinados de Ricardo I, de Juan *Sin Tierra* y de Enrique III; pero lo había recuperado casi por completo con Eduardo I, uno de cuyos primeros cuidados había sido organizar una información minuciosa acerca de su patrimonio, de sus derechos y de los derechos de los poseedores de feudos; y una vez conocido con certeza lo que debía pertenecerle, mostróse inflexible en reclamarlo. Su justicia estaba bien organizada: en el centro había dos tribunales, el «Banco del rey» para las causas reales, y los *Communs Plaids* para los asuntos particulares; en los condados, que eran la división administrativa, circulaban las comisiones de los «jueces itinerantes,» que hacían presente en todas partes la justicia del rey. El Echiquier administraba y vigilaba la hacienda. La administración local era muy distinta de la de Francia: los sherifes que gobernaban los condados no tenían las atribuciones de nuestros bailes y senescales, y los agentes del rey de todas categorías eran menos numerosos que entre nosotros; pero el pueblo inglés estaba asociado al gobierno local, bien en el Tribunal de Condado, bien, sobre todo, en las importantes comisiones administrativas que este tribunal elegía, bien finalmente por medio de la nueva institución de los *Juges of peace* (jueces de paz). Esta colaboración del rey y de sus súbditos daba al reino cohesión y fuerza.

Inglaterra tenía un comienzo de constitución política: la Carta Magna de 1215 disponía que toda imposición,

fuera de los subsidios ordinarios, necesitaba para su validez ser consentida por los súbditos del rey, y la resistencia de los monarcas, siempre dispuestos á violar sus compromisos ó á hacerse relevar de ellos por la autoridad pontificia, no había hecho más que aumentar el empeño de los ingleses porque fuera respetada aquella disposición, que había sido consignada con la mayor claridad en la *Petición sobre el voto del pecho* por el Parlamento de octubre de 1297 y admitida sin reticencias en la *Confirmación de las cartas* del mes siguiente. El Parlamento había ido desarrollándose poco á poco; al Gran Consejo de los barones habíanse unido los obispos y luego los caballeros de los condados, los diputados de las ciudades y los procuradores del bajo clero. Desde 1295, toda la nación inglesa tenía su representación regular. Cuando las primeras campañas de Eduardo III en el continente, aquella masa todavía confusa se dividió en dos cámaras, una compuesta de los lores y los obispos y otra de los caballeros y de los diputados de las ciudades y de los burgos. El Parlamento inglés (Cámara de los lores y Cámara de los comunes) estaba, pues, constituido ya al principio de la guerra de Cien años, y el rey no podrá dejar de reunirlo y consultarlo siempre que sea necesario arbitrar nuevos recursos para la guerra. No por esto aparecía debilitada la autoridad real, pues los lores no intentaban atentar contra ella, y los mismos comunes manifestaban singular docilidad. El monarca, sin embargo, recibía del Parlamento útiles advertencias y se sentía refrenado ó alentado por él; y finalmente, merced á esta especie de representación nacional, el pueblo inglés veíase asociado á las grandes empresas del soberano.

La nación inglesa se organizaba sólidamente. La nobleza estaba arruinada por su afición al lujo y á los gastos de caballería; y desaparecían grandes familias, para reemplazar á las cuales Eduardo III, imitando el ejemplo de los reyes de Francia, dotó á sus parientes, con lo que se creó una nueva nobleza más próxima al trono. Las ciudades estaban poco pobladas: Londres no contaba cuarenta mil habitantes; York y Bristol tenían cerca de diez mil, y las demás menos. La mayor parte de las aglomeraciones eran simples aldeas ó villas. Ciudades y villas hallábanse casi enteramente emancipadas gracias á la redención de sus obligaciones y muchas de ellas disfrutaban del derecho de justicia y del de gobernarse por sí mismas y de señalarse las cuotas contributivas. La condición de los aldeanos era tan buena como la de los aldeanos franceses en las regiones más prósperas, como Normandía; los terrazgueros ó villanos nunca habían estado sometidos á una servidumbre muy estrecha, su suerte había mejorado incesantemente y habían redimido la mayor parte de los servicios. Las prestaciones personales no habían desaparecido, pero eran á menudo reemplazadas por prestaciones en dinero, y se había formado una clase ya numerosa de franco-terrazgueros, bien por exención casi completa de los feudos de villanía, bien por concesiones en franco feudo sobre terrenos baldíos ó sobre los dominios reservados del señor. Estos aldeanos libres debían constituir la fuerza del pueblo inglés.

La agricultura era la única riqueza de Inglaterra, en donde la industria, por decirlo así, no existía, como lo demuestra el hecho de que en Londres no hubiera, en

1377, más que cuarenta y ocho corporaciones ú oficios. Ciertamente que habían sido muy malos los años transcurridos desde el comienzo del siglo XIV hasta 1322, durante los cuales el aumento de los salarios había pesado gravemente sobre la agricultura; pero parecían volver los días venturosos. Los reyes velaban cuanto podían por la seguridad de los campos, á los que era preciso proteger contra las violencias de los barones y del bandolerismo; en general la tierra estaba bien cultivada, se cosechaba trigo y sobre todo se criaban grandes rebaños; más de cien abadías vivían de la cría de carneros, y los ingleses proveían de lana los grandes mercados y á los tejedores de Flandes, pudiendo decir el Parlamento al soberano, en 1347, que la lana era «el soberano tesoro de su país.» La raza de los carneros ingleses era tan hermosa, que estaba prohibida la exportación de carneros padres vivos, y la abundancia y la calidad de las lanas sugerirán al rey Eduardo III la idea de implantar en su reino la fabricación de los paños finos.

Las lanas inglesas se vendían en Flandes, en los puertos del Ansa germánica y hasta en Noruega. También exportaba Inglaterra trigo, quesos, cueros, estaño y plomo, importando de Gascuña vinos. Pero los ingleses eran todavía poco comerciantes y casi todo el comercio exterior estaba en manos de extranjeros procedentes en su mayoría del Norte de Francia, de los Países Bajos y de Alemania y organizados en compañías, de las cuales las más poderosas eran el Ansa de Londres y el Ansa teutónica, que comprendían la primera á los mercaderes de las ciudades flamencas y francesas, y la segunda á los mercaderes alemanes. A principios del siglo XIV abordaron por vez primera en las costas inglesas galeras venecianas y se establecieron en aquellos puertos comerciantes florentinos. Algunos mercaderes ingleses comenzaban ya, sin embargo, á ir á vender sus lanas y sus cueros al extranjero, estableciendo en el continente grandes almacenes de depósito ó *etaples*, como el de las lanas en Bourges. Los reyes se interesaban por toda esta actividad: Eduardo I dictó rigurosas medidas para garantizar la seguridad de los caminos y por medio del *Estatuto de los mercaderes* aseguró al comercio la protección real, y sobre todo una buena justicia; y él y Eduardo III más tarde ampliaron los privilegios de los comerciantes extranjeros. La unidad de las pesas y de las monedas estaba casi realizada, y al revés de lo que en Francia ocurría, las monedas de plata sufrían muy pocas alteraciones en su valor, y la moneda de oro iba á hacer su aparición definitiva.

Gracias á su poderío, al concurso del Parlamento y á la prosperidad del reino, el rey de Inglaterra podía tener dinero y un ejército. A decir verdad, el régimen financiero era imperfecto: el patrimonio real no podía proporcionar las sumas necesarias para una larga guerra en el continente, así es que Eduardo I había ido siempre en busca de nuevos recursos, habiéndose dirigido al Parlamento y á las asambleas ó «Convocaciones» del clero, que le habían concedido impuestos sobre la renta y sobre la lana, y habiendo tratado con los mercaderes, á quienes obligara á entregarle grandes cantidades, confiscado y vendido la lana y tomado dinero á préstamo. Eduardo III recurrió á los mismos procedimientos. La organización financiera no estaba más sólidamente establecida en Inglaterra que en Francia; esto no obs-

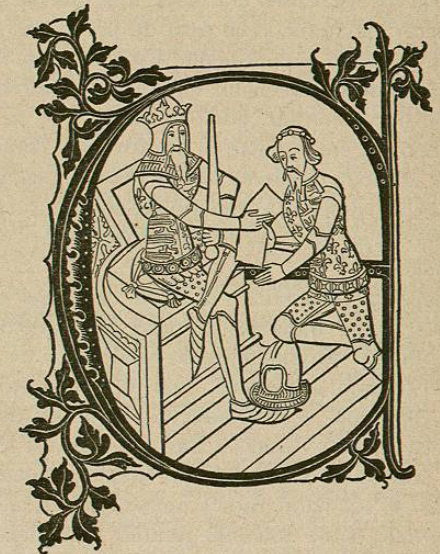
tante, la concesión por parte del Parlamento de las principales cuotas ponía cierto orden y cierta regularidad en la hacienda. La forma ordinaria de la contribución era el impuesto sobre la renta, cuya cuota variaba según las necesidades, pero cuya percepción se hacía siempre del mismo modo. A falta de cosa mejor, la lana se prestaba perfectamente al impuesto y era de fácil confiscación. Y finalmente, los lombardos mostrábanse buenos prestamistas para con un rey que les dejaba monopolizar casi todo el comercio de la plata.

Los reyes habían organizado, desde hacía mucho tiempo, un reclutamiento militar, primero para la seguridad del reino y después para sostener las guerras del país de Gales y de Escocia. Los barones y caballeros, y en general todos los que tenían 40 libras de renta en tierras ó en réditos, estaban obligados al servicio; además, todos los hombres libres del reino que disfrutaban de alguna renta tenían el deber de equiparse y de estar dispuestos para tomar las armas. Enrique II desde 1181, Eduardo I, Eduardo II y hasta Eduardo III en 1334, habían reglamentado minuciosamente aquel servicio obligatorio: los que tienen 20 libras ó más de renta en tierras ó en réditos han de proveerse de caballos, arneses y armas ofensivas y defensivas propias de los soldados de caballería; los que poseen por lo menos una renta de 15 libras han de tener un lorigón, un casco de hierro, una espada, un cuchillo y un caballo; y aquellos cuyas rentas son inferiores á 15 libras han de proveerse de tales ó cuales armas según su posición. La obligación del servicio empezaba á los diez y seis años y terminaba á los sesenta; cada dos años se celebraba una «revista de armas.» Una vez declarada la guerra, los terrazgueros directos, barones y caballeros deben acudir al llamamiento del rey, y si no quieren servir en el continente, redimen por dinero su servicio. Para completar el ejército, el monarca, por medio de comisionados, se proporciona los soldados necesarios, haciendo una leva entre los hombres libres que han de servir como jinetes ó como infantes. Los comisionados escogen á los «más robustos, valientes, diestros, á los más hábiles en tirar el arco ó en manejar la lanza, á los más acostumbrados á la fatiga,» y sin guardar consideraciones á nadie les obligan á partir (1).

De este modo pudo Eduardo III disponer de una fuerte infantería, compuesta de hombres que tenían menos de 15 libras de renta, de los cuales los más vigorosos servían como macheteros, y como arqueros los más diestros. Estos últimos eran muy temibles: en aquel entonces, el arco, comparado con la ballesta, era el arma de tiro rápido: el de los ingleses estaba construido de madera de tejo, tenía más de cinco pies de largo y era tan ligero y de tan fácil manejo, que el que lo manejaba podía disparar tres flechas en el tiempo en que el arquero no lanzaba más que un solo cuadrillo. Los macheteros iban armados de un machete puntiagudo, especie de bayoneta con empuñadura de madera que les permitía á la vez dar tajos y clavarla por algún punto vulnerable de la coraza. Esta infantería es la que ha constituido toda la fuerza de los ejércitos ingleses en el siglo XIV.

Eduardo III dió una preparación militar seria á este ejército, prohibiendo los juegos caballerescos, las jus-

tas, los pases de armas y los torneos; luchas corteses regidas por una serie de convenciones que, transportadas á la guerra, paralizaban toda iniciativa. «Se aconsejó y se decretó que se prohibiera, bajo pena de la vida, todo juego ó diversión que no fuera el ejercicio del arco á mano y con flechas, y que todo obrero que fabricara arcos y flechas quedara libre de toda deuda.» En las islas y en las costas «se ordenó que los hombres de armas enseñaran á sus hijos á manejar las armas y á tirar el arco.» Adoptóse también la siguiente medida no menos práctica: «Además se ordenó y se decretó que todo señor, barón, caballero y hombres honrados de buenas ciudades pusieran cuidado y diligencia en ins-



Eduardo III concediendo la Aquitania en feudo á su hijo el príncipe de Gales (Inicial de un documento que se conserva en el Museo Británico.)

truir y enseñar á sus hijos la lengua francesa, á fin de que fueran más aptos y se mostraran más familiarizados en sus guerras.»

En caso de guerra con Francia, Inglaterra debía preocuparse de Escocia, que en aquella sazón defendía con energía salvaje su independencia. Aquel rudo país céltico, cubierto de bosques y de niebla, estaba menos civilizado que Inglaterra y hallábase habitado por una raza sobria, fuerte y recelosa. Desde fines del siglo XIII, la guerra era constante en las fronteras de ambos países; cuando los ingleses invadían las tierras bajas, los escoceses se retiraban á sus bosques y á sus montañas, y cuando aquéllos se retiraban, éstos asolaban el Norte de Inglaterra. Algunas poblaciones fronterizas eran periódicamente incendiadas. Eduardo I había creído someter á Escocia en 1296 y en 1305; pero en 1306 apareció Roberto Bruce, nieto de Guillermo Wallace, uno de los héroes de la independencia escocesa, el cual después de varias aventuras dramáticas organizó la revolución en Escocia y se hizo coronar rey. Perseguido vigorosamente por los ingleses, vivió inquieto y miserable con algunos compañeros, expuesto á continuos peligros, acosado día y noche, manteniéndose de la caza y de la pesca, trepando por las rocas y siempre salvando su vida y su libertad. Poco á poco reunió un partido poderoso y Eduardo III hubo de reconocerle como rey de Escocia en el tratado de 17 de marzo de 1328. Bruce murió en 1329, dejando un hijo, David, de siete

(1) S. Luce, *La jeunesse de Bertrand du Guesclin*, pág. 151.

años: aquella menor edad era una ocasión demasiado favorable para que la dejara escapar el rey de Inglaterra. En efecto, la guerra se reanudó más empeñada que nunca y Eduardo III entró en Escocia con Eduardo Baliol, pretendiente por él apoyado, y realizó allí cuatro afortunadas campañas. Arrojado por Baliol en 1333, el rey David se refugió en Francia, en donde encontró un «asilo muy apacible.» Lo que mayor gravedad comunicaba á los asuntos de Escocia era para los reyes de Inglaterra la circunstancia de estar los escoceses aliados con los franceses desde 1295; y más que ninguno de sus predecesores parecía Felipe VI apegado á esta alianza y preocupado por hacerla eficaz. La terrible hostilidad de los escoceses era, pues, una amenaza constante para Inglaterra, y en caso de llevar ésta á cabo alguna expedición al continente, Escocia podía realizar un movimiento de diversión muy útil á Francia. Pero conviene hacer constar, por otra parte, que la lucha contra Escocia era popular en Inglaterra y contribuyó á que se aceptara la guerra contra Francia aliada de los escoceses. Finalmente, el ejército inglés adquirió solidez y experiencia en los combates tan frecuentes del «border» escocés.

Los reyes ingleses tenían la suerte de poseer enfrente de las costas francesas las islas Normandas, y en Francia misma los condados de Ponthieu y de Montreuil y el ducado de Guiena. Este último, resto de la antigua Aquitania, estaba reducido á una faja de tierra que se extendía de Saintes á Bayona; pero los ingleses habían procurado por todos los medios captarse las simpatías de los habitantes y aumentar la riqueza del país. Burdeos había obtenido grandes franquicias, y la mayor parte de las ciudades cartas copiadas de las de Ruán. En el consejo de Gascuña, que asesoraba al senescal, y en el tribunal de Gascuña, presidido por el canceller, figuraban algunos aquitanos, de modo que éstos intervenían en el gobierno y en la administración de la justicia. Eduardo I había hecho consignar en una gran información sus derechos y los de sus vasallos. Los señores gascones, que sólo poseían tierras muy pobres, eran en extremo turbulentos y codiciosos, pero la administración inglesa les dejaba de buen grado que fueran á buscar fortuna lejos. La principal riqueza de aquella región eran los vinos, que en la mesa de los reyes y de los barones ingleses habían reemplazado, desde hacía un siglo, á los de Borgoña. Burdeos centralizaba los productos del Medoc, del Agenais y del valle del Garona en general; Libourne, Saint-Emilión y la Réole exportaban los vinos de la Baja Guiena y Bayona los de la Gascuña. En determinadas fechas, grandes caravanas marítimas, compuestas á veces de doscientos buques, visitaban los puertos ingleses bajo la protección de los barcos del rey de Inglaterra, regresando de allí los mercaderes bordeleses con cargamentos de lanas, pieles, sebos, quesos y pescado salado. Además prosperaban en Burdeos varias industrias, como las de los paños, de las cuerdas y de las armas fabricadas con el hierro del Perigord y de Navarra. Para estas transacciones la Guiena poseía su moneda, única que se admitía en la provincia y que tenía la ventaja de permanecer fija y de ser buena. La dominación inglesa en la Guiena estaba, pues, perfectamente consolidada.

De todos los hechos que acabamos de enumerar re-

sulta que en Francia y en Inglaterra existían grandes fuerzas acumuladas, pero que Inglaterra tenía ventajas, si no decisivas, muy manifiestas. Era una nación pequeña, pero de gran cohesión y enteramente en manos del rey; poseía un ejército mejor reclutado y armado que el del rey de Francia y fuertes posiciones estratégicas en el continente que le compensaban el peligro de Escocia.

CAPITULO III

LOS PRIMEROS CONFLICTOS (1)

I. La ruptura.—II. Jacobo de Artevelde.—III. La Esclusa.
IV. La sucesión de Bretaña.—V. La guerra de Bretaña.

I.—La ruptura (2)

Afirman muchas crónicas que si Eduardo III se decidió á entablar la lucha contra Francia fué por instigaciones de Roberto de Artois, el cual se había refugiado en Inglaterra disfrazado de mercader de lanas, mientras los agentes del rey le buscaban en Provenza y en la Guiena. Para congraciarse con Eduardo, confesóle que «sin razón y con pecado» había consentido en su «desheredación» y contribuido á hacer rey del «noble reino de Francia» al que menos derechos tenía para serlo. Y desde aquel instante fué esta una obsesión de Roberto: «Micer Roberto no cesaba noche y día de hacer presente al rey Eduardo el derecho que tenía á la corona de Francia, y el monarca le escuchaba con gusto.» Esto no obstante, las causas del conflicto no fueron, al parecer, tan sencillas como los cronistas afirman.

Razones económicas y políticas impulsaban á Eduardo III á guerrear contra Felipe VI. Los paños flamencos eran tan necesarios al pueblo inglés como la lana de Inglaterra lo era á los tejedores de Flandes; de aquí la necesidad de que el rey de Inglaterra tuviera en el condado y sobre los flamencos una acción política. Ahora bien: por parte de Flandes existían grandes aprensiones: el restablecimiento de la autoridad del conde y de la influencia francesa, después de la jornada de Cassel había comprometido los intereses ingleses, y

(1) FUENTES.—*Continuations de la Chronique de Guillaume de Nangis*, edición Geraud, 1843. *Grandes chroniques de Saint-Denis*, edición Paris, V, 1837. Ricardo Lescot, *Chronique*, edición Lemoine, 1896. *Chronique Normande*, edición Molinier, 1882. *Chronographia regum Francorum*, edición Moranville, II, 1893. *Chronique des quatre premiers Valois*, edición Luce, 1862. Juan le Bel, *Les Vraies Chroniques*, edición Polain, 1863. Froissart, *Chroniques*, edición Kervyn de Lettenhove, II y III, XVIII, XXIII, 1867, 1874-1876, y edición Luce, I, II y III, 1869 (las notas de estas ediciones tienen una importancia capital para la historia de la guerra de Cien años). *Récits d'un bourgeois de Valenciennes*, edición Kervyn de Lettenhove, 1879. Adam de Montmouth, *Continuatio chronicarum*, edición E. M. Thompson, 1889. Roberto de Avesbury, *De gestis mirabilibus regis Eduardi III*, edición E. M. Thompson, 1889. Le Baker de Swynebroke, *Chronicon*, edición E. M. Thompson, 1889. Knighton, *Chronicon*, edición Lumby, 1889. Giovanni Villani, *Istorie fiorentine*, edición Racheli, 1857. Rymer, *Foedera... inter reges Angliae et alios quosvis reges*, 1821, II, 11.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Denifle, *La guerre de Cent ans et la desolation des églises, monastères et hôpitaux en France*, I, 1899. Longman, *The life and the times of Edward III*, I, 1869. A. Leroux, *Recherches critiques sur les relations politiques de la France et de l'Allemagne de 1292 á 1378*, 1882. Lindner, *Deutsche Geschichte unter der Habsburgern und den Luxemburgern*, I, 1888.

Eduardo III creía que la única manera de llegar á ser dueño de Flandes era vencer al rey de Francia. Intimidado por la victoria de Felipe VI y ocupada después exclusivamente su atención por la guerra de Escocia, abstuvo durante algunos años de toda intervención directa; pero no por esto cesaba de recriminar al conde á propósito de los malos tratos de que se quejaban los mercaderes ingleses. Esforzabase además en aprovecharse de la impopularidad de los franceses en Flandes, llamaba á Inglaterra á un gran número de obreros de las pequeñas villas é introducía de esta suerte la alarma en las grandes ciudades industriales flamencas con la amenaza de transportar á su reino la fabricación de paños. Esto le hacía confiar en que si se resolvía á declarar la guerra al rey de Francia, los flamencos se verían obligados á abrazar su causa ante el temor de ver su industria arruinada por Inglaterra.

Por otra parte, Eduardo III estaba altamente disgustado de los procedimientos que en Guiena seguía el rey de Francia. Carlos IV había prometido al rey de Inglaterra, en 31 de marzo de 1327, restituir la parte de aquella provincia que sus tropas conquistaran después del asunto de Saint-Sardos (1), y Eduardo III se quejaba porque aquel tratado no había sido lealmente cumplido. En 1330 estuvo á punto de estallar un conflicto por este motivo, y si bien ambos reyes llegaron á un acuerdo, seguramente en abril de 1331, quedaron sin resolver las cuestiones más importantes. Desde entonces no habían cesado un momento las dificultades: los vasallos del rey de Inglaterra, cuando no estaban satisfechos de su justicia, recurrían en apelación ante el rey de Francia, soberano del ducado. El Parlamento de Felipe VI, con sus informaciones y sus sentencias, embrollaba la administración inglesa y los procesos se multiplicaban. El más atrevido de éstos fué el del señor de Noailles, quien, siendo acreedor del rey de Inglaterra, hizo decretar por el Parlamento, en julio de 1336, el embargo de las tierras y de los castillos de su deudor, y el senescal francés de Agén fué inmediatamente á ocupar el castillo y la villa de Puymirol.

Por último, los asuntos de Escocia tomaban un sesgo muy grave. Eduardo III y su pueblo consideraban la independencia de Escocia como un peligro nacional para Inglaterra, y Francia daba asilo á David Bruce, á quien los partidarios de la independencia consideraban como el verdadero rey de aquel país. Sabíase en Inglaterra que entre Francia y Escocia existía una alianza secreta, y las tentativas de mediación de Felipe VI no habían logrado distraer la atención de los ingleses. Quejábanse el rey de Inglaterra amargamente de los actos de hostilidad que contra sus súbditos realizaban los marinos franceses y flamencos, y tenía noticias de que de los puertos de Flandes salían auxilios para sus enemigos. A fines de 1335, viendo que se agotaban, al parecer, las fuerzas de los escoceses, Felipe VI decidió enviarles importantes socorros, y con una parte del dinero y de los buques de la cruzada hizo preparar una gran expedición en la primavera de 1336; y como varios emisarios tenían á Eduardo al corriente de todo cuanto se hacía en los puertos de Francia, fué grande entonces la alarma en Inglaterra, en donde se hablaba de una inva-

(1) Véase pág. 328.

sión por Portsmouth y se ponían en estado de defensa las costas y las islas. La expedición fracasó, mas á pesar de ello desembarcó en Escocia un contingente de hombres armados.

Es verosímil que estos acontecimientos fueran la causa inmediata de la guerra; pero lo que complica la historia de estos comienzos es la conducta ambigua de Eduardo, quien por un lado no cesaba de formular reclamaciones á Felipe VI y al conde de Flandes, y por otro manifestaba disposiciones muy pacíficas, y al mismo tiempo que se quejaba proponía treguas, conferencias, entrevistas y matrimonios. Las embajadas inglesas sucedieron en Francia con cortos intervalos hasta el mes de octubre de 1337, como si Eduardo III quisiera agotar todos los medios y todas las concesiones; pero estas demostraciones pacíficas iban acompañadas de actos preparatorios de las hostilidades.

El rey de Inglaterra procedió en primer término contra el conde de Flandes, prohibiendo en 12 de agosto de 1336, hasta nueva orden, la salida de las lanas de su reino, á causa de «ciertas noticias que hasta él habían llegado.» En represalias, el conde de Flandes, tal vez por consejo de Felipe VI, ordenó que fuesen detenidos todos los comerciantes ingleses que se encontraban en sus Estados, á lo que contestó Eduardo III en 5 de octubre haciendo detener en Inglaterra á todos los comerciantes flamencos y confiscarles sus bienes. Algunos días después, el monarca proponía al conde un arreglo que fué por éste rechazado, en vista de lo cual concedió en el mes de diciembre al duque de Brabante el establecimiento de un depósito de lanas inglesas en sus Estados, á condición de que nada de allí iría á parar á manos de los flamencos. Con estas medidas esperaba Eduardo introducir la perturbación en Flandes, llevar la alarma á las grandes ciudades industriales y prepararlas para que abrazaran su causa contra su señor, el conde de Flandes, vasallo demasiado adicto al rey de Francia.

Al propio tiempo realizaba Eduardo III una grave demostración. Había convocado su parlamento para el día 21 de septiembre de 1336 en Nothingam, á fin de deliberar acerca de las maquinaciones del rey de Francia en Escocia y en Guiena y de proveer á la salud del reino, y en aquella asamblea y en las que le siguieron hizo afirmar de nuevo sus derechos á la corona de Francia. Entonces fué sin duda cuando Roberto los sostuvo públicamente. Es probable que, en el fondo, Eduardo no haya renunciado nunca á sus pretensiones al trono de Francia, así como que Felipe sospechara que su vasallo tenía la intención persistente de renegar del homenaje de Amiéns; pero el rey de Inglaterra no ignoraba las dificultades que tal reivindicación traía consigo, y hay motivos para creer que en un principio no vió en ello más que un medio de amenaza y una provocación.

Eduardo III, siguiendo el consejo que le dió su parlamento, buscó en el continente aliados en todas partes, incluso en Noruega y en España, pero sobre todo en los Países Bajos. Había casado con una hija del conde de Hainaut, á la vez conde de Holanda y de Zelandia y señor de Frisia, y era por consiguiente cuñado del emperador Luis de Baviera y del conde de Gueldres. En 1328 y luego en 1330 habíase asegurado la alianza del duque de Brabante, cuyo ducado comenzaba enton-